

[Publicado en El Periódico de Aragón, Zaragoza, 18-III-2000)

El bar del PSOE

Guillermo Pérez Sarrión

Los desastrosos resultados electorales del PSOE en los recientes comicios han proporcionado y proporcionará numerosos análisis de las causas políticas del hecho. Son y serán muchas las opiniones que aparecerán en los próximos días sobre ello. Yo aquí quisiera subrayar una causa, de la que con seguridad se hablará poco: la desvertebración interna del partido, su mal funcionamiento como empresa y como institución democrática.

Antaño el PSOE fue en la transición política una escuela de democracia. Sus integrantes tuvieron un papel activo en la vertebración de la sociedad salida del franquismo y aprendieron de nuevo en su seno las normas de funcionamiento de la democracia: el control de sus representantes, el funcionamiento de asambleas, la rendición de cuentas de los elegidos, la discusión con argumentos. Contribuyeron a crear una cultura democrática, y también a articular el entonces deshecho tejido social impulsando la vida participativa: asociaciones de padres de alumnos, asociaciones de barrio, ayuntamientos. Esta escuela de democracia y participación tuvo, en los 70 y principios de los 80, un papel relevante en difundir modos de comportamiento democrático que hoy damos por supuestos.

Ahora esta democracia interna ya no existe. Saltemos 14 años de gobierno y contemplemos lo que hoy se ve. El panorama es patético, más si se ve al PSOE de Aragón, y más todavía si uno se refiere al de Zaragoza. Los periódicos narran una y otra vez luchas internas entre facciones que ya no entienden ni los iniciados. Las ejecutivas, profesionalizadas tras años de cooptación y endogamia, han perdido todo contacto con la realidad social exterior y también con la interior. Debajo no hay vida participativa, es la paz de los cementerios. Hay sólo lo que se ve: las ejecutivas, los gabinetes de prensa, algún comité electoral y el bar, cuando lo hay.

Nadie recuerda que senadores y diputados salientes hayan tenido que dar cuenta ante nadie, con informes o de palabra, de lo que han hecho durante esos cuatro años, ni qué méritos alegan para pedir la reelección. Había debates y asambleas previas a las elecciones, pero si nos referimos a Zaragoza, hoy las listas electorales no han sido aprobadas ni al menos ratificadas por ninguna asamblea. Y en varias agrupaciones hace muchos años que simplemente no hay asambleas. El PSOE se sigue presentando como el mejor garante de una democracia y unas libertades que de cara adentro simplemente no practica. Y no se puede decir una cosa de puertas fuera y de puertas adentro hacer lo contrario.

El otro aspecto que parece crucial es el del mal funcionamiento organizativo, lo que puede argumentarse con una anécdota y un hecho. La anécdota —como me la contaron la cuento— viene referida a alguien con larga militancia en el PSOE que a principios de los 90 hubo de trasladarse de localidad por razones personales. En la idea de que para seguir participando en la vida interna del partido lo mejor era también trasladar su ficha, así lo pidió. Pasados dos años, tras comprobar que nadie había movido ningún papel, tras arduas averiguaciones descubrió que era práctica normal en esa agrupación ignorar las peticiones de bajas para seguir teniendo delegados y por tanto peso la asamblea provincial, donde se ratificaban las listas electorales. Solicitó el alta, ahora en una agrupación de la capital, y ésta tampoco fue aceptada, como antes la baja. La segunda averiguación le llevó a saber, casi tres años después, que las firmas con que había acompañado el ingreso correspondían a personas adscritas a una

"familia" política entonces en desgracia. La ejecutiva local no le admitió hasta que se lo ordenó Madrid. Corría el año 1997.

Habrà quien piense que hechos así no tienen trascendencia, son un simple caso individual, simple reflejo de una lícita y explicable pugna política. Algo hay de ello, pero es una verdad parcial, a medias. Un caso así revela también no sólo mala gestión y desprecio hacia los derechos administrativos elementales de las personas, sino que encubre un asunto de gravedad, el control del fichero.

El hecho es este. Uno de los graves problemas del PSOE, en efecto, es que el fichero de afiliados está sometido desde hace años a todo tipo de manipulaciones. No hay más que repasar los periódicos para recordar cómo a fines de los 80 y principios de los 90 se producían extraños ingresos en masa que producían súbitos vuelcos en las votaciones asamblearias a favor de ciertas minorías. Son ingresos que siguen ahí. Estos hechos y también el interés por no perder militantes para tener peso en las asambleas provinciales, la desidia administrativa y las manipulaciones, han traído como resultado que el censo de militantes, al menos —o mejor: sobre todo— en Aragón, sea simplemente una ficción.

Por eso se produjo el conflicto en las primarias del PSOE, en 1997: al ser el censo de votantes "privado", la votación pública y el resultado ajustado (Iglesias frente a Esteban), ninguno de los dos aceptaba el resultado porque sabían que el censo tenía trampas y errores que según se usaran daban la mayoría a uno o a otro. Una vez más, decidió Madrid. Los tres secretarios provinciales y el secretario regional optaron por no hacer nada, cuando había que haber procedido a una depuración total del censo, a exigir responsabilidades, y a impulsar la participación interna, que es la única forma de implicar a otras personas, plantear el debate de ideas y jubilar a dirigentes simplemente incapaces.

Si el PSOE ha tenido una caída de votos tan espectacular no es sólo porque ha cometido errores políticos o ha hecho una mala campaña. Siguen vigentes dos preguntas clave: para qué sirve tener carnet del PSOE a sus afiliados hoy, y qué debe salvarse de la actual organización del PSOE. la respuesta a la primera es simple: para nada, por ahora. En cuanto a la segunda, habría que adoptar una postura moderada y salvar de momento el bar. Dan un café aceptable y con frecuencia allí uno puede encontrar buena gente.

(995 palabras)